

Madrid	10 rs.	30
Barcelona	12	34
En el extranjero	24	68
En las Américas	30	80
En Filipinas	30	80
Número suelto, en real		

Se insertan anuncios a razón de 25 céntimos línea y precios convencionales según las circunstancias de los mismos. También se admiten remisiones y comunicados a precios igualmente convencionales.

El *Eco de España* se publicará todos los días a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

AÑO IV.

## CRÓNICA PARLAMENTARIA

Los días de la república se suceden, pero no se parecen. Caminamos de sorpresa en sorpresa, merced a los juegos de cubiletes que diariamente presenciábamos en el salón de sesiones de la Asamblea.

La de ayer fué de las mayores, pues ni aun los camaradas del Sr. Pi estaban iniciados en el proyecto que este traía preparado, cayendo sus declaraciones como una bomba en medio de la mayoría, causando en ella estragos considerables.

El efecto, todo podía esperarlo la mayoría del Sr. Pi, menos un acto de ingratitud semejante. El Sr. Pi, Rey republicano, (permítasenos el dislate) por gracia de la mayoría: el señor Pi, último resto de aquel triunvirato que representaba al elemento sensato del partido: el Sr. Pi, apoyado ciegamente por la mayoría y escogiendo de entre sus hombres más importantes a sus compañeros de ministerio, sin previo acuerdo, sin consentimiento notable, arroja la manzana de la discordia en medio de los que fueron sus amigos, y separando el disfraz que lo cubría se muestra a ellos el primero de los intransigentes, el antiguo socialista, el gran reformador, el continuador de la obra de demolición, cuyos cimientos echó en sus mocedades.

El Sr. Pi, como Mahoma, creyó que a su voz la montaña avanzaría hacia él; más no viendo realizado su deseo, como aquel falso profeta, optó por ir a la montaña. Esto, y no otra cosa significa la actitud en que se colocó, ayer ante la Asamblea. Proclamó la necesidad de hacer reformas y formar los Estados federales, acelerando la obra de la Constitución, y para ayudarle en su empresa no acude a sus amigos de la víspera que le llevaron sobre el paves, sino a los que se hallan enfrente, a la minoría, a la cual llama y le suplica que venga a prestarle su cooperación para llevar a cabo la obra federal y reformista.

Después de un llamamiento semejante, después de un desaire tan sangriento a la mayoría, natural era que a pesar del estupor que le causó en los primeros momentos, hubiese una voz que se atreviese a contestar al reto, una mano que recogiera el guante arrojado, y esta voz no faltó. El Sr. Abarzuza, el inteligente y animoso joven que tanto se ha distinguido en los últimos debates, no pudo ahogar la voz de su indignación, manifestando que la causa determinante de la situación de la Asamblea, no es otra que las autorizaciones que se deben a la iniciativa del Sr. Pi y al acuerdo del ministerio anterior.

El rompimiento de la mayoría con el Sr. Pi, es, pues, un hecho consumado y lo es también la dimisión de algunos ministros, que a la hora que escribimos parece son los Sres. Carvajal, Maisonnave y Gonzalez, creyéndose generalmente que le seguirán sus demás compañeros.

Todo el mundo censura acerbamente la conducta del Sr. Pi; pero no todos conciben los antecedentes de lo ocurrido. Vamos, pues, a dar una breve explicación de las causas de ese lamentable rompimiento de hostilidades, que a nadie ha de dafar tan profundamente como a la república.

Desde que el domingo último se verificó en el Senado la reunión de la mayoría, muchos de sus individuos demostraron la convicción de que con el Sr. Pi no era posible hacer orden y entrar de lleno en la senda de reconstrucción. Esta opinión fué ganando terreno y los más importantes diputados de la derecha, de acuerdo con el Sr. Castelar y discípulos pensaron en sustituir al Sr. Pi con el presidente de la Asamblea Sr. Salmeron. Hubo de ponerse en conocimiento del interesado la opinión de la mayoría, bien recibida por el Sr. Salmeron, pero que no hizo gracia al Sr. Pi, quejándose este

amargamente de lo que consideraba como un abandono de sus amigos. Al deseo de deshacerse de apoyos tan deleznales, al instinto de propia conservación, al propósito de herir a la mayoría con sus propias armas, se atribuye la conversión del Sr. Pi, que se ha pasado al enemigo con armas y bagajes.

## CRISIS

Esta palabra es ya tan usual y corriente, que lejos de causar extrañeza, se tiene por indispensable que se pronuncie cada seis u ocho días. Esta vez se ha estado pronunciando hace seis días, porque así debía ser, atendida la costumbre de que el ministerio sea ya como camisa de jornalero, que se muda todos los domingos.

Por una excepción, el ministerio actual llevaba con ayer doce días de existencia; ó sea casi dos semanas, longitud portentosísima en los tiempos que alcanzamos. Desde ayer parece que la crisis va de veras y aunque a la hora en que escribimos no sabemos cuál sea el resultado del consejo de ministros, es de suponer que haya quedado planteada y resuelta en sentido del republicanismo más avanzado.

Las palabras del Sr. Pi en la sesión de ayer fueron como el anuncio de una modificación en ese sentido, pues equivalieron a un rompimiento con la mayoría y a una declaración en favor de los intransigentes. Tan pronto como concluyó la sesión, se tuvo por cierto que se retiraban cuatro de los ministros, provocando resueltamente la cuestión en el consejo de la noche y quedando los Sres. Pi, Suñer, Costales y Abarzuza, completándose el ministerio con otros cuatro intransigentes, entre ellos, según todas las probabilidades, el Sr. Estévez.

El Sr. Pi no vaciló ayer en declararse reformista, ó sea intransigente, haciendo un llamamiento a los diputados que se han retirado del Congreso, llamamiento al cual nadie duda que responderán, pues se supone haber sido cosa convenida las declaraciones de ayer. El motivo para que asistiesen a las sesiones era más que suficiente para proporcionarles honroso pretexto para volver: se trata de que concurran para discutir la Constitución y las reformas; y como el Sr. Pi se mostró muy entusiasta por los cantones y muy decidido por las reformas; y como por otra parte parece que se presentará una proposición acerca de la célebre autorización concedida al Sr. Pi, y se buscará una fórmula para hacer creer que tal autorización es la cosa más inofensiva del mundo, los intransigentes se mostrarán blandos, concurrirán y todo habrá concluido.

Por supuesto que si hoy apareciese un ministerio homogéneo de la izquierda, nada había que decir, faltando sólo que en tal caso abandonara el Congreso la mayoría, con lo cual, la situación quedaría por demás franca y despejada, pudiendo hacer las reformas sin obstáculo de ninguna especie, y procediéndose a la instalación de los cantones, ó sea a la implícita declaración de que para nada hacen falta las Cortes.

Ahora se quejan los benévulos de la conducta del Sr. Pi, como si fuera una cosa nueva y inesperada; como si hasta ahora no hubiese dado el más leve motivo para sospechar que fuese la quinta esencia y la flor y nata de la intransigencia; como si hubiese hecho algo en favor del orden que tanto muestra desear la mayoría; como si el silencio del presidente del Consejo no tuviese interpretación en sus conocidas relaciones con los principales caudillos de los intransigentes; como si la benevolencia, y el cariño de estos hacia el Sr. Pi, y la excepción que siempre han hecho de su personalidad en todas las cuestiones que se han promovido entre los distintos bandos del partido repu-

blicano, no hubiesen sido de la más clara significación para cuantos hubiesen querido fijar por un momento su atención en lo que estaba sucediendo.

La mayoría puede estar satisfecha de su habilidad al otorgar al Sr. Pi el más omnívoto voto de confianza, constituyéndole en un verdadero dictador: poco ha tardado en darle una muestra de su agradecimiento y motivo para desesperarse ante el gozo de los intransigentes. Porque en último resultado, para estos: será la autorización, que podrán utilizar contra los mismos individuos de la mayoría. Como que los intransigentes conservarán al actual presidente, por lo menos mientras les convenga, la autorización permanecerá en él y en el ministerio que presida, con arreglo al espíritu y letra de la ley de autorización.

Todavía tienen, sin embargo, un gran recurso; el de que el Sr. Castelar pronuncie otro discurso demostrando que la república está en peligro; que muere, que puede darse ya por difunta; pero que la monarquía no puede volver a esta tierra de la libertad: con ello quedarán todos convencidos y mucho más cuando vean que la monarquía vuelve a esta tierra, a dar una libertad que se ha hecho incompatible con la república. Y no morirá de viejo el Sr. Castelar si no lo ve: nos remitimos al tiempo.

## ULTIMA CRISIS

Estamos otra vez en crisis, que probablemente será la última, porque con ella viene irremediablemente la disolución social, hace tiempo por nosotros anunciada.

La mayoría se ha disuelto completamente; no pudo ponerse de acuerdo sobre ninguna cuestión en la junta que celebró antes de ayer, y se ha desbandado.

También habíamos previsto y anunciado este desenlace, desde que vimos asomar una nueva disidencia con la formación del centro independiente ó parlamentario.

Durante el bienio progresista de 1854 a 1856, se creó también un centro parlamentario que aparentemente apoyaba al Gobierno, pero que en realidad constituía una disidencia, tanto más peligrosa cuanto era más velada, y que contribuyó eficazmente a precipitar la caída de aquella situación.

Los independientes se inclinaban siempre al lado del más fuerte, son los adoradores del dios éxito, y como han visto que la mayoría era débil y que el Gobierno carecía de energía y de vigor para enfrenar a la demagogia y dominar la situación, se han acercado a los intransigentes con la esperanza de absorberlos.

Si el Gobierno hubiera demostrado más energía y la que fué mayoría más pujanza y cohesión, los diputados independientes hubieran estado en todo evento al lado del Gobierno y no hubiesen procedido por ahora disidencia alguna.

Pero el Gabinete se halla también dividido: hay en él dos tendencias opuestas, una a resistir y otra a contemporizar y ceder a toda clase de exageraciones; una que desea hacer el orden, pero que carece de audacia y de resolución para imponerlo; y otra que tiene grandes simpatías y tal vez solemnes compromisos con los intransigentes, y se opone a que se repiman sus desmanes. Y entre esas dos tendencias, entre esas dos fracciones, que caminan a un fin diverso, y que no pueden venir a una inteligencia común, se eleva la figura del Sr. Pi, que no acaba de decidirse ni por la derecha, ni por la izquierda ni por el centro; que no tiene verdadera política, que aparenta interesarse por la conservación del orden y por el restablecimiento de la disciplina en el ejército, y nada hace para conseguirlo porque le falta empuje para ello ó porque no quiere disgustar a sus antiguos compañeros, los

que se da aires de hermana mayor, la regaña (cuando la señora de Aubray no está delante) por sus inclinaciones vulgares y por sus gustos campesinos. Didier me parece bien educado, amable y distinguido. Tiene mil atenciones con mamá y es muy cariñoso con nuestro tío. En fin, ya lo ves; el género humano se ha rehabilitado a mis ojos.

Desearé detalles y procuro satisfacerlos, pero, a tu vez, háblame largo y tendido de ti y de los tuyos. La primavera, tan deliciosa en Francia, ¿es tolerable en África? ¡Oh! Si yo fuese golondrina volaría hasta esos lentiscos para verte y darte mil besos, Tuya, ISABEL.

## Continuación del relato.

Los jardines ingleses, con sus largas y tortuosas avenidas, sus estancos, sus lagos en miniatura, sus puentes rústicos y su mezcla armoniosa de árboles de toda clase de especie y de todos los países, tienen sus encantos. El antiguo jardín francés con ángulos rectos, de muros de verdura, poblado de estatuas, animado por brillantes saltadores de agua que dejan caer en los pilones de mármol una lluvia de perlas tiene una majestad agradable; pero un vergel cuyo cespicio fino y apretado está tapizado de margaritas y cercado por risueños setos, y que te levantan de su fértil suelo al cerezo con su fruto de púrpura, el alegre manzano y el nogal de vigorosa estructura, ese sencillo vergel de nuestros campos ¡no tiene también su mérito?

A veces le circunda un arroyuelo y le da vida con ese murmullo del agua tan dulce al oído; otras veces, más allá de la florida cerca donde anidan legiones de alegres pajarillos, la vista reposa sobre un fresco paisaje; doradas mieses encorvadas por el viento, tranquilas praderas donde las vacas pastan con aire meditabundo; colinas donde las cabras parecen suspendidas; bosques sombríos que el sol de Mediodía puede apenas penetrar.

El vergel de la Granja de los Tejos estaba situado de un modo admirable; campos, abigarrados de va-

ernos enemigos de todo orden y gobierno.

El Sr. Pi y algunos de sus colegas creen sin duda que no tienen más misión que sofocar la insurrección carlista y a eso tiende su política, que por cierto está dando los resultados más desastrosos; pero el gran peligro de la patria y de la sociedad, no está en los carlistas, sino en el desenfreno de la demagogia; está en Cádiz, está en Málaga, en Barcelona, en Jerez, y en otras grandes poblaciones; y está principalmente en Madrid, donde se alzan contra el Gobierno, con más ó menos audacia, los comandantes de los voluntarios, los clubs intransigentes y socialistas; el comité de salud pública y hasta los diputados independientes de la disuelta mayoría.

Tan seguros están los perturbadores de que el Gobierno no puede hacer ni intentar nada contra ellos, que anteayer se dió a conocer el llamado *Comité de salud pública*, por medio de un manifiesto en el que se excitó a los republicanos de provincias a rebelarse contra la Asamblea y el Gobierno, y ya ayer ha empezado a organizar la rebelión, en forma de decretos que se publican en *La Justicia Federal*.

¿Qué diría el Gobierno, qué diría la Asamblea, qué dirían los republicanos todos, si cualquiera otro partido político se permitiera lo que con asombroso desdoro y manifiesta violación de las leyes se permite el llamado *Comité de salud pública*?

Se alzarían por todas partes protestas contra el Gobierno que considerara tanta humillación, tanta indignidad y tanto escándalo; pero contra este Gobierno es inútil protestar, porque todos tienen perfecto conocimiento de su debilidad, de su impotencia y de su culpable abandono.

Retírese el Gobierno antes de arrastrar por el suelo su autoridad si no ha de tener valor ni patriotismo bastante para enfreñar a los eternos perturbadores del orden; si ha de dejar al *Comité de salud pública* que realice la liquidación social y desarrolle sus teorías socialistas, internacionalistas ó comunistas, en toda su horrible plenitud; si a pesar de estar él al frente de la Nación, hemos de llegar hasta el abismo de la anarquía, si hemos de apurar hasta las heces el cáliz de la amargura en el inmenso calvario social, que nos ha deparado la revolución.

O el Gobierno acaba con el *Comité de salud pública*, ó renuncia a ser Gobierno, y en este caso debe retirarse, y con él la Asamblea constituyente.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Los poderes que abdican y que arrastran su autoridad ante las exageraciones demagógicas deben tener al menos el pudor de confesar su ineptitud y de abandonar una misión para la que se hallan completamente inhabilitados.

Madrid.—Administración y Redacción este día periódico, calle de la Victoria, 3, 2.

Extranjero.—París, para suscripciones y anuncios, C. A. Savaria, rue de Valenciennes, 33. Para suscripciones también, librería de E. Dano, rue de Valenciennes, 33.

En Madrid la suscripción se abona en efectivo. Las de provincias del propio modo, ó por libranza del Giro postal, ó de los correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración de este periódico, ó bien haciendo su abono en efectivo, se servirán las suscripciones en Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se publica que sea en carta certificada.

NÚM. 1,040.

extrañeza teniendo en cuenta todo lo ocurrido desde que Rusia intentó la expedición que ha terminado con la toma de Khiva.

Algunos diarios ingleses llamaron la atención del Gobierno británico sobre las consecuencias de esta guerra, no prestando gran crédito a las protestas del Gabinete de San Petersburgo, que, sin embargo fueron suficientes para adormecer a los ministros de la Reina Victoria, quienes, siguiendo a nuestro juicio una conducta equivocada, y de la cual es posible les pida estrecha cuenta la orgullosa Albión, han permanecido indiferentes a la tempestad que se iba formando contra el imperio otomano, desatando de una manera hasta despreciable a la Inglaterra de toda participación en las conferencias de los tres Emperadores en San Petersburgo, cuyo objeto y tendencias denunció la prensa europea.

Posible es que el lenguaje de la *Gaceta de Moscú* y del *Golos* haga salir de su letargo al Gabinete de Saint James; pero preguntamos: ¿no será ya tarde? Podrá Inglaterra, aislada por su culpa, en Europa contrarrestar el poder de los imperios de Rusia, Alemania y Austria, conformes en la cuestión de Oriente?

Mucho lo dudamos. Si en su política egoísta, la Gran Bretaña no se hubiera mostrado poco menos que indiferente en la cuestión franco-prusiana; si hubiera hecho esfuerzos para contrarrestar aquella guerra, podría contar hoy con el apoyo de Francia a impedir la ruina del imperio otomano y su desprestigio en la India.

Las naciones, como los individuos, pagan tarde ó temprano las faltas que les hace cometer el egoísmo.

## EL DISCURSO DEL SR. PI

Las palabras pronunciadas por el Sr. Pi al resumir el debate en la sesión de ayer han producido honda sensación é indignación profunda en la derecha de la Asamblea, gran entusiasmo en la izquierda, perturbación en el ministerio que preside, atolondramiento y confusión en todos.

Al Consejo extraordinario que anoche debía celebrarse se daba gran importancia.

En él debían tratarse las nuevas y graves cuestiones que ha suscitado la exigencia de los intransigentes, los cuales se oponen a que se confieran mandos militares a los generales procedentes del radicalismo. En su consecuencia, se consideran fracasados los nombramientos de los generales Acosta, Pavía y Palacios, pues el Sr. Pi se muestra dispuesto a acatar las indicaciones de sus amigos.

¿Qué harán los demás ministros? ¿Qué hará, sobre todo, el general Gonzalez, que tanta decisión demuestra en estos asuntos?

Estas son las palabras que todo el mundo se dirige y que nadie se atreve a contestar por lo lógico de cuanto sucede.

La *Política* aprecia con su acostumbrado buen criterio la sesión de ayer tarde en estos términos:

«Por fin ha terminado esta tarde el debate relativo a la expedición que durante ocho días ha embargado la atención de la Asamblea; pero de qué manera tan funesta para la unión de la mayoría!»

El Sr. Pi y Margall, que ha hablado al fin resumiendo el debate, ha demostrado que, aunque ocupa el banco azul por el voto de la derecha, se halla enteramente con la izquierda y que no está de acuerdo ni con los oradores de aquel lado de la Cámara, ni con los ministros que él se preceden.

Después de haber hablado ayer tan elocuentemente al Sr. Maisonnave contra los perturbadores del orden, después de haber insistido el Sr. Castelar en sus ideas anteriormente expuestas, rectificadas al Sr. Navarrete, Pi ha declarado, entre otras cosas, que no hay que esperar el orden mientras no se establezcan los estados y mientras no se hagan las reformas. La izquierda ha aplaudido calorosamente estas palabras, que determinan un cambio en la conducta del presidente del poder ejecutivo.

Pero esto ha hecho más: ha dicho que no es posi-

—Con que aire dices eso ¡Adriana! ¡pones los ojos de un modo!... ¿Qué te ha hecho esa pobre Isabel?

—¿Qué quieres que me haya hecho? replicó Adriana con impaciencia.—Eres, insufrible, Regina, con tus suposiciones, con tus preguntas y con tus reflexiones. ¿Qué me importa a mí Isabel?

—¿Te enfadas? ¡Mala señal! repuso Regina riendo y haciéndola una reverencia burlesca; ¡adiós!... voy a buscar a tu sobrina para ayudarla a coger fresa para la comida. ¿Estarás más alegre esta noche?

Y echó a correr riéndose, mientras Adriana la seguía con la vista y con aire descontento. Didier, que la observaba con atención, le dijo al fin:

—¿Es todo esto una broma, Adriana, ó es que realmente, tu nueva familia no te gusta?

—¿Y cómo quieres que me guste? Mira, juzga; compara; pon nuestra familia enfrente de esta y dime si es posible que yo piense como esa tontuela de Regina.

—Yo no soy tan exclusivo como tu, respondió Didier, y aunque haya de provocar sobre mí el anatema que lanzas contra nuestra hermana, te confesaré que pienso como ella.

—Respecto a mi marido, sin duda ninguna; es un hombre excelente a quien quiero de todo corazón.

—Respecto a tu marido se sobreentiende, pero también incluyo a tu madre, que es una digna señora con toda su sencillez; a su hermana, que me parece una mujer perfecta, y por fin, ¿le dire? a Isabel.

Adriana le miró a su vez con extrema atención; él se turbó un poco y se sonrió para ocultar su turbación.

—¿Qué locura exclamó su hermana como respondiendo a un pensamiento interior. ¿Qué locura, Didier!...

—No tanto dijo este; ¿cómo? una muchacha encantadora, bien educada, dulce, sencilla, que aborrece el lujo y despilfarro, ¿no sería por el contrario, una gran prueba de cordura elegirla por esposa?

Se continuará.

## FOLLETIN.

## LA GRANJA DE LOS TEJOS

POR

MAD. BOURDON.

(Continuación.)

«Mi carácter se altera a veces por eso... ¡perdóname!... hasta ahora no había visto en derredor mío más que benevolencia y bondad; me habéis echado a perder todos haciéndome creer que el mundo entero se os parecía. Mi abuelita, tan buena en medio de su genio brusco; mamá tan perfecta bajo su exterior triste y sus pasos taciturnos; tú, tan viva y tan dulce a la vez; tu marido, tu leal y buen marido, y hasta sus hijos, que nunca han tenido para su tía más que tiernas palabras y dulcisimas caricias. Y mi tío, que era como nuestro tío, que otro afecto absorbiese todo su ser? Yo no conocía más que a vosotros y juzgaba a los demás por los que me rodeaban... error... ¡juriste error!...

Seguiré mi carta después de la llegada de nuestros huéspedes. Adios, Luisa mía, ¿por qué no estás aquí?

20 Mayo 18...

Tu hermanita, querida Luisa, es una verdadera veleta; todos mis sentimientos han cambiado y es bueno que tal suceda porque ya no lo veo todo negro. Hablando en serio; no se puede conocer a la familia de Adriana, sin experimentar un gran atractivo, una gran simpatía, mezclados de sorpresa; ¿cómo es posible que nuestra tía no sea más amable con tal madre y con una hermana tan graciosa? Me dirás, quizá; ¡qué pronto te entusiasmas! Lo confieso; me declaro vencida por el poderoso encanto de la bondad.

También tú, Luisa, querías a la señora de Aubray. Mamá la quiere, también a mí, la encuentra digna de estimación y de respeto. La señora



ble ni patriótico pensar en la suspensión de las sesiones. Y esto cuando el presidente de la Cámara y todos los demás ministros convocaron la primera reunión del Senado para pedir la suspensión de la suspensión de las sesiones. El Sr. Carvajal y sus otros compañeros del Gabinete hacían fracasar en el Senado las leyes reformadas. El Sr. Carvajal y sus otros compañeros del Gabinete hacían fracasar en el Senado las leyes reformadas. El Sr. Carvajal y sus otros compañeros del Gabinete hacían fracasar en el Senado las leyes reformadas.

El efecto que estas palabras han producido en la deracha se alcanza fácilmente. Mientras el Sr. Castelar dejaba su asiento para hablar con el Sr. Salmerón, se levantó el Sr. Abazurza para manifestar que la causa determinante de la situación de la Asamblea no es otra que las autorizaciones, que se debían a la iniciativa del Sr. Pi y al acuerdo del ministerio anterior, del cual formaba parte con el Sr. Pi, el señor Estévez.

Ha habido tal intención en estas palabras, las ha pronunciado el Sr. Abazurza con tal marcado acento de indignación, que todo el mundo ha comprendido que está dada la señal de una batalla inminente.

Sobre el mismo asunto dice *La Epoca*: «El Sr. Castelar proponía en su discurso, como uno de los medios de reorganizar el ejército, que se llamara a los antiguos oficiales de artillería, y el señor Pi y Margall, para demostrar su conformidad con el Sr. Castelar, proponía para el mando del ejército del Norte al Sr. Fernández de Córdova, al gran instituidor de la disciplina y al autor de la disolución del cuerpo de artillería. El general Córdova, amigo de las victorias fáciles, no ha aceptado».

Este acto era preludio de las declaraciones altamente favorables al centro independiente y a la izquierda, hechas esta tarde por el Sr. Pi y Margall, el cual, en el Consejo de esta noche, recibirá, según todas las probabilidades, la dimisión de sus compañeros, toda vez que la política ultra del presidente del poder ejecutivo ha sido saludada con los aplausos de la Asamblea. Era preciso llegar hasta el fin de la pendiente, y ya estamos cerca».

El *Pensamiento Español* resume también la sesión de ayer en este suelto:

«Las palabras pronunciadas por el Sr. Pi en la sesión de esta tarde son de una gran trascendencia; el presidente del Consejo de ministros, olvidando que es jefe de un Gobierno de la derecha de la Cámara, ha pronunciado un discurso francamente intransigente, aceptando todas las ideas de la izquierda y declarándose sostenedor de ellas en el Gabinete».

Este acto ha indignado de tal manera a varios individuos de la mayoría, que algunos de ellos aseguran que esta tarde que era imposible que las cosas continuaran así, y que estaban decididos a arrostrar el todo por el todo para que cesase esta situación».

Es, pues, de creer, que hoy mismo se presente la crisis que hace días se viene agitando en el fondo del Gabinete».

Solo Dios sabe cómo y cuándo terminará esto».

La república federal se despidió.

## LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Y LA PRENSA EXTRANJERA.

Ya hemos dado a conocer a nuestros lectores el concepto que merece a la prensa de Alemania, Inglaterra y Francia, la situación en que han sumido a nuestra prensa los Gobiernos que se han sucedido desde la deplorable revolución de 1868.

Hoy le toca la vez a los periódicos belgas, uno de los cuales, la *Gaceta Internacional* de Bruselas, se expresa del modo que van a ver nuestros lectores en su número de 7 del corriente.

Excusamos decir que estamos perfectamente de acuerdo con las observaciones del colega extranjero, excepto en la parte que se refiere al Sr. Castelar, quien, en honor a la verdad, no ha vuelto a tomar ninguna cartera, como equivocadamente asegura la *Gaceta Internacional*.

Dice así este periódico:

«¿Qué vamos a decir de España a nuestros compatriotas, que residentes en América nos piden noticias? El estado del país es deplorable; la anarquía se pasea triunfante, el asesinato y el robo campean como soberanos, y bajo el imperio del garrote y el puñal las familias que pueden huyen hasta el extranjero, porque allí hay libertad y justicia. ¿Qué vamos a decir de España a nuestros compatriotas, que residentes en América nos piden noticias? El estado del país es deplorable; la anarquía se pasea triunfante, el asesinato y el robo campean como soberanos, y bajo el imperio del garrote y el puñal las familias que pueden huyen hasta el extranjero, porque allí hay libertad y justicia».

Según nuestras noticias, los influyentes ciudadanos no ocultaron al Sr. Pi la gran desconfianza que reina en una gran parte de las masas armadas de Madrid, y el mal efecto que entre ellas causaría la formación de un ministerio de la derecha».

«¿Qué vergüenza! Al abandonar a España la dinastía borbónica en Setiembre de 1868, el capital nominal de la Deuda pública ascendió a reales vellón 23,183,283,027 según los estados oficiales, incluyendo en dicha cifra los créditos pendientes de conversión. El aumento hasta treinta y nueve mil millones pertenece al período revolucionario. Haciendo, pues, la debida clasificación, se obtiene el resultado siguiente. La monarquía tradicional creó una deuda de veinte y tres mil millones aproximadamente, después de sostener la guerra civil de los siete años y legando en compensación un capital inmenso representado por ferro-carriles, carreteras, ferros, material de guerra, muchas fortificaciones y otras muchas obras de interés general. La revolución de Setiembre ha emitido en menos de cinco años sobre 16,000 millones nominales, sin que el país obtenga la menor ventaja de este aumento. Poco o nada se ha invertido en mejoras materiales, y las obras públicas existentes se encuentran en completo abandono».

La república no ha hecho nuevas emisiones de papel, porque, dadas las circunstancias le era imposible. Encontró los fondos a 24 y ha tenido la desgracia de llevarlos hasta cerca de 16, disminuyendo con este descenso en miles de millones la fortuna pública. Sin embargo de esto, el mal no es incurable si hubiera hombres de Estado. De los que mandan hoy no lo es ninguno: todos son locos y nada más. Muchísimo mayores fueron las desgracias de Inglaterra cuando su revolución y se salvó. España, por lo pronto, necesita un Cromwell que entre en el Parlamento, arroje su sombrero sobre la mesa de la presidencia, lance a puentes los letrados y la política y organice la república poniendo en el Congreso a los Figueras, los Pi Margall, los Castelar, que, faltando, como este último, a su palabra y juramento, ha vuelto a tomar una cartera, de España sólo diremos: «hoy está el enfermo peor que ayer y menos mal que mañana».

Nuestro apreciable colega *El Correo Militar* dice en uno de sus últimos números lo siguiente:

«Nuestro siempre estimado colega *El Eco de España*, haciendo alarde de su mucha perspicacia y constante celo por el bien del ejército, ha formado con los periódicos radicales en los ataques que estos hacen a *El Correo Militar*, entusiastas sin duda, ante la idea, nada más que la idea de una revisión completa de hojas de servicios».

Agradecemos y no olvidaremos nunca semejante prueba de deferencia y aprecio por parte de *El Eco de España*, con tanto mayor motivo cuando que aludidos al examen de la historia contemporánea, no obstante nuestra escasa instrucción y aberraciones militares, podríamos hacer uso de tal historia para demostrarle prácticamente y con nombres propios al atento colega la inutilidad de ciertos partidos; pero no sido siempre razones tan pobres como las que generalmente brotan de cerebros tan vacíos como los nuestros nos impulsan a repetir las gracias y a desear felicidades sin cuento a *El Eco de España*.

Cuando existe el convencimiento íntimo de haber sido comprendidos, se admira el poder del genio y se multiplica la interior satisfacción».

Nuestro colega se expresa de esta manera en contestación sin duda a nuestras observaciones sobre sus grandes elogios al Sr. Estévez, por lo bien que lo hubiera hecho en el ministerio de la Guerra, en el caso de que hubiera llegado a hacer algo.

Si hemos formado coro con los periódicos radicales en los ataques que estos le han dirigido con motivo de su ministerialismo, cítese a sí propio y no a nosotros, que estamos en nuestro terreno, en el de siempre.

La idea de la revisión de las hojas de servicios no nos asusta, ni mucho menos. Pero ¿por qué nuestro colega la podía llevar a cabo el Sr. Estévez?

Esta idea, de que tanto se envanece nuestro colega y que todos los días está repitiendo, ya ha visto prácticamente a lo que ha quedado reducida en manos de los Sres. Pierrard, Figueras y Estévez. Muchos escándalos habíamos presenciado en otros tiempos, y muy particularmente en el bienio, pero nunca habíamos llegado a tanto como hoy, después de sus famosas predicciones sobre el particular. Sólo que esta vez han recaído en amigos suyos, y por esto le parecen disculpables.

Además, la idea de la revisión no es suya. En España la dio a conocer en *El criterio liberal* el jefe del brigadier Atmeller, siendo su verdadero autor el mariscal Mac-Mahon en Francia. Acogida la idea por M. Thiers, se llevó a cabo por su Gobierno con toda la decisión y energía propia de un poder fuerte y justo.

Pero sea o no original de nuestro colega dicha idea, llevéase o no a cabo la revisión, le agradecemos los términos benévolos con que se dirige a nosotros y crea que si él sabe la historia contemporánea, nosotros tampoco la ignoramos, conociendo de ella algunas particularidades notables, y puede por nuestra parte hacer el uso que crea conveniente de sus conocimientos, en la firme inteligencia que si tiene razón, se la daremos, por más que hubiera podido llegar a creer algo en contrario.

Nuestro colega, que después de haber sido muy amigo de un general de infantera memoria, había sostenido contra él una brillante campaña, ha vuelto a decaer, por su última evolución, con gran sentimiento por nuestra parte, viniendo a ser objeto de los ataques de toda la prensa y de una buena parte del ejército, según de sus mismos artículos se desprende».

Para terminar, diremos a nuestro colega que a nuestra vez le deseamos toda clase de prosperidades, y admiramos la fuerza de sus razones y su clara inteligencia, que le producen, y a nosotros con él, la interior satisfacción de que se encuentra poseído».

Figuran los primeros en la escala de alféreces, cinco jóvenes ascendidos a este empleo, uno el 12 de Setiembre de 1871, otro el 1.º de Enero de 1872 y los demás el 1.º de Julio del propio año: pues bien, en 1868 eran paisanos y les concedieron en la revolución la gracia de cadetes, con destino a un cuerpo; pero un día uno y otro otros iban apareciendo con su grado de alféreces, gracias a tanto ingenio, como presentaban documentos justificativos de haberse hallado en Alcolea a las órdenes de Serrano y le concedían, no sólo el grado, sino la antigüedad de 28 de Setiembre; ¿por qué servicios? Esto es lo que no se sabe, porque si la revolución los hizo cadetes, ¿qué clase y cómo se encontraron en Alcolea, que merecieron el grado de alféreces? Este solo día de antigüedad le proporcionó sueldos sobre 311, algunos beneméritos oficiales, que llevan más años de servicios que edad cuentan los agraciados.

Al ver esto, no podemos contener los pensamientos de amargo desprecio y de disgusto que se desprenden de hechos tan poco en armonía con la severidad militar, y no comprendemos cómo los oficiales de ciertos antecedentes y principios no imitan a los artilleros.

UN EX-OFICIAL DEL EJÉRCITO.

Nuestro apreciable colega *La Legitimidad* de Sevilla ha dedicado también un artículo al último discurso de nuestro amigo el Sr. Estévez Collantes. Hé aquí cómo se expresa el diario sevillano en su número de 3 del actual.

«Nada más atinado, nada más práctico que el discurso del Sr. Estévez Collantes, pronunciado en la sesión del 4 de este mes, y que nuestros lectores verán en su lugar correspondiente».

Con ese estilo sencillo y natural, que es el único propio de un hombre de Estado, ha expuesto a los ojos de la Asamblea, a los del país entero, lo que significa dentro y fuera de nuestra Nación la república federal española: la destrucción de nuestra patria, la destrucción de los siglos, de tantos grandes hombres, de tantas ilustres generaciones, precisamente cuando debíamos completarla con Gibraltar y Portugal, que no puede ser otra cosa que lo que la naturaleza ha hecho, provincia española. A eso aspiran los grandes hombres de Estado, a eso aspiran los partidos de todos Europa (que decimos de Europa) del mundo entero. Bismarck conquista para Prusia, su patria, primero lo que no es alemán; los Ducados, es decir, el Schleswig y el Holstein, más tarde el Hanover, después se anexiona la Alemania, excepción hecha del Austria, y por último la Alsacia y la Lorena.

No hay que decir lo que España ha descendido en riqueza, en poder y en prestigio desde la revolución, y muy particularmente desde el advenimiento de la república. Europa tiene puesto correo sanitario en los Pirineos, porque no considera apetecidos, como dice muy bien el Sr. Estévez Collantes, Europa, añade, ha reconocido todos los Gobiernos, así de hecho como de derecho, todos los despojos más violentos y arbitrarios como los de los Ducados, el de Hannover, el de Nápoles, la república francesa, y no reconoce a la española. Si España no estuviera colocada, como dice Camoens, «donde la tierra acaba, el mar comienza y reposa Febo en el Océano», Europa se habría repartido ya nuestros despojos, como se repartió los de Polonia».

Acostumbrado el Sr. Castelar a desfigurar la historia para su uso particular, no vaciló en afirmar ayer en las Cortes que «llevamos cinco años de tranquilidad y sosiego», lo cual basta para convencer a los reaccionarios.

Que los hechos de los siglos anteriores se desfiguren, malo es para un catedrático de historia; pero nadie será capaz de convencerlos, por más que se llame Castelar, que los desmanes que hemos presenciado en los últimos cinco años, no han existido. Comprenda el Sr. Castelar que no hay tragaderas bastante anchas para pasar su aserción.

Después de haber consumido el Sr. Nouvilas en el Norte los tesoros de Creso, ó sean todos los recursos de la república, ahora salimos con que funda su dimisión en que no se ponen a su disposición los recursos necesarios para la guerra, puesto que no se le ha mandado a Pamplona el último piquillo de cuatro millones de pesetas que había pedido.

Pero señor, ¿cargarán los artilleros nuevos las piezas con contenes?

Otra de las razones que el Sr. Nouvilas alega para dejar el mando del ejército del Norte, es la poca benevolencia con que le ha tratado la prensa en general y los periódicos republicanos en particular. En este punto tiene razón el Sr. Nouvilas. La prensa se ha mostrado impaciente, pidiendo un día y otro su relevo, sin dar lugar a que se maduraran sus planes y dieran el resultado apetecido.

Si el Sr. Nouvilas continúa un día más en el Norte se extiende la insurrección carlista hasta el Mediodía; porque ya es necesario decirlo muy claro, el plan del dimite consistía en dejar a los carlistas multiplicarse para partirlos por medio.

Ha sido una insensatez admitir la dimisión al general Nouvilas.

¿Cómo estará la cosa pública, cuando el general Córdova le hace ascos? Es una lástima que el gran demoleedor de la disciplina militar no vaya a recoger los frutos de sus faenas ministeriales. Sabe lo que sembró y su resolución hace honor a su buen olfato, que le hizo percibir desde el palacio de Buenavista el olor a difunto que en el de Oriente exhalaba la dinastía de Satoya.

A las cinco de la mañana llegó ayer a Sevilla el general Ripoll, y salió inmediatamente para Utrera, acompañado del gobernador de la provincia. A su llegada a aquella villa el capitán general le hizo entrega del mando de las fuerzas que estaban a sus órdenes, regresando a Sevilla en seguida, donde continuará desempeñando el mando interino de aquel distrito.

Acto continuo de ponerse al frente de dichas fuerzas el general Ripoll reunió en la plaza las tropas que mandaba Loño y las arengó, recomendándoles la obediencia al Gobierno y a sus jefes, etc., etc.

Esta recomendación era innecesaria, pues la guarnición de Sevilla ha dado pruebas de obediencia heroica, saliendo como venida de una ciudad en que pudo y deseó restablecer el orden, lo cual se le prohibió de orden superior.

El *Correo de Andalucía*, periódico de Málaga, cuenta de esta manera los últimos sucesos de aquella capital:

«En la tarde del día 8 se promovió otra nueva alarma en esta capital. Parece que habiéndose suscitado una reyerta en una barriera de la calle de Mármol, entre Francisco Nillo y un capitán de voluntarios, llegaron las cosas a tal extremo que, habiéndose acudido este en ayuda al alcalde, dispuso la prisión del Nillo, acto que confirió al capitán de voluntarios Palomo, en unión de su compañía. Con efecto, habiéndose presentado dicho jefe, después de graves palabras, hizo detener al Nillo y a un hermano suyo que tomó parte en el asunto y, al concluirse la cárcel, el último corrió de repente a refugiarse en la casa número 41, intento en que le siguió su hermano Francisco, por lo cual los voluntarios les hicieron fuego, hiriendo a este de muerte, pues falleció a

poco, y se supone que al otro, aunque logró fugarse. Parece que también fue herida una mujer de la misma casa».

Carreras por toda la población y cierre de puertas hicieron público lo que había pasado; y para evitar toda eventualidad y tal vez nuevas desgracias, el alcalde mandó tomar en los puestos de guardia, en el barrio de la Trinidad y otros puntos importantes, aquellas medidas que al orden y la tranquilidad convenían; esto no obstante, la alarma no había cesado en las primeras horas de la noche, y las calles continuaban llenas de centinelas a las once».

Estas fugas de ciudadanos presos y bien custodiados se asemejan bastante a la de los presos reos que no hace aún dos años eran conducidos de un punto a otro de Andalucía y constantemente fusilados al huir. Lo que ha huido en Málaga, entregada a la brutalidad de los voluntarios, es el orden y la justicia.

La situación de Málaga sigue inspirando serios temores. Los voluntarios desafectos a Carvajal, sobrecitados por el asesinato de Nillo, han tomado una actitud poco tranquilizadora, y si, como se dice, Carvajal intenta desarmarlos, es muy probable que ocurra un conflicto sangriento. ¡Pobre Málaga!

No es más halagüeña que la de Málaga la situación de Alcoy.

El Ayuntamiento se ha hecho fuerte en la casa municipal. Ayer tarde debió llegar una fuerte columna. Los insurrectos han levantado barricadas y ocupan la torre y una fonda, y han puesto en rehenes a algunos propietarios».

Cinco son las casas quemadas.

El choque de trenes ocurrido ayer de madrugada entre Villar y Chinchilla ha tenido consecuencias funestas. Además de haber resultado gran número de muertos y heridos, según un despacho recibido, el fuego de las máquinas produjo un incendio en los vagones, que a las últimas noticias había consumido diez o doce de ellos.

Lu causa del siniestro fué el no haber avisado de Villar la salida del tren de mercancías. Un tren de socorro, enviado de Chinchilla, recogió los viajeros que venían de Valencia y que anoche llegaron a Madrid.

Según vimos en unos carteles rojos que cubrían ayer las esquinas de los principales puntos de Madrid, en la ante votación para concejales verificada en el distrito del Hospicio han sido elegidos candidatos los siguientes sujetos: Antonio Zamora y Zamora, siller; Ricardo Revuelta, cantero; Toribio Herrera Lopez, bolero; Manuel Aguado y Hernandez, petiquista; Juan José Casanova, siller.

Al decir de un diario de París, existe en la actualidad la alianza más estrecha entre los señores Thiers y Gambetta. ¿Quién diría, exclama el periódico citado, que la antigua calle de Poitiers se había de ligar con el café de Procope?

Gambetta ha olvidado por completo el epíteto de loco furioso con que le calificó el vecino de Aix; y éste tampoco recuerda haber sido tratado de anciano lleno de recursos por el hombre de San Sebastián.

Parece que entre estos dos personajes el pacto está definitivamente terminado con las siguientes condiciones: Si se mantiene la votación por lista en las próximas elecciones, los nombres de los señores Thiers y Gambetta figurarán indisolublemente unidos en la misma lista de candidatos. Si queda abolida esta forma de elección, cada uno de ellos se compromete a usar de la influencia de su partido en favor del otro, donde quiera que se presente candidato.

Al propio tiempo que se celebra este pacto entre los jefes, los dos grupos que capitanean, se aproximan más cada día.

Antes del 24 de Mayo, hubiera sido inútil hablar de la disolución de la Asamblea, a los hombres del centro izquierdo; pero desde la caída de M. Thiers, nuevo amigo de Gambetta, no sucede así, y el diario imperialista asegura que la idea de la disolución puede darse como aceptada por muchos diputados de este grupo, cuyos nombres cita.

Esta actitud, no disimulada por cierto, de un gran número de individuos del centro izquierdo, no parece ser extraña a los escrúpulos de M. Leon Say, que habla de presentar la dimisión del cargo de presidente del expresoado centro, y mucho menos si se tienen en cuenta las declaraciones tan precisas en sentido contrario a la disolución, del ex-ministro de Hacienda.

Según despacho de la capital de Persia, Teheran, de 5 del corriente, los ingenieros ingleses han terminado la formación de los planos del terreno entre Teheran y Kasvin (unas 50 millas) para el ferro-carril proyectado entre la capital y Beest; una sección de los mismos se ha dirigido a este último punto para continuar los estudios desde allí a Kasvin.

Un telegrama oficial de San Petersburgo anuncia la rendición sin condiciones del Khan de Khiva al general Kauffmann, así como la de todos sus ministros y principales consejeros. Según el mismo despacho, se ha dado al Khan una guardia de honor, que suplen los que el mismo objeto que la que puso Hernán Cortés al Emperador de Méjico.

En Roma se aseguraba el 5 que el ministerio se formaría con los siguientes personajes: Minghetti, Presidencia y Hacienda.

Vigiani, Justicia.

Canelli, Interior.

Spaventa, Obras públicas.

Ribotti, Marina.

Ricotti, Guerra.

Visconti Venosta, Estado.

Sialoja, Instrucción pública.

Sin embargo, como algunos de los ministros designados estaban ausentes de Roma, los decretos no aparecerían hasta pasados algunos días; esto aun en caso de que no surgiesen nuevas dificultades.

El Kedive, que como saben nuestros lectores se encuentra en Constantinopla, ha desistido de su proyectado viaje a Viena y Vichy, y regresará a Egipto dentro de un mes.

El firmán concedido recientemente al Kedive, de que ayer nos ocupamos, desmenuve

extensa y precisamente la cuestión de la sucesión directa, en un sentido favorable a los deseos del mismo.

El Sultán salió el 5 a las tres de la tarde a Ennirghian, invitado por el Virey de Egipto, donde permanecerá a la fecha del despacho que nos comunica las anteriores noticias.

Un telegrama de Calcutta, de 4 del corriente, anuncia que la población indígena de la provincia de Patner, temiendo un aumento de los impuestos, se reunió para negar el pago al fisco, declarando que sólo pagarían a los magistrados, habiendo quemado y saqueado muchas casas.

Los diarios de París recibidos ayer corresponden al domingo. Según el *Ordre*, gran número de prefectos y subprefectos que habían afluído a la capital de Francia en vista del movimiento del personal iniciado por el nuevo Gobierno, con objeto sin duda de utilizar sus influencias para continuar en sus destinos, han recibido orden de volver a sus puestos; pues el Gobierno quiere librarse de la insistente acción de ciertas recomendaciones parlamentarias.

Mérete consignarse un acto de honradez y de abnegación que tenemos con gusto en *Las Provincias de Valencia*:

«Repetidas veces hemos deplorado que existiendo tan buen juicio y prudentes sentimientos en la clase obrera de Valencia, las amenazas y sugestiones de unos pocos agentes venidos de fuera para soliviantar los ánimos, Dios sabe con qué objeto, produzcan las diferentes huelgas que estos días ocurren en Valencia. Una prueba de ese buen juicio, y de la cordura de los obreros, la han dado los operarios de la fábrica de tejidos del Sr. Alpera, donde al ir a satisfacerse los jornales que habían trabajado la semana última, trató el pagador de verificarlo con arreglo a las condiciones por las que quedó resuelta la huelga. Mas aquellos se opusieron terminantemente, diciendo que estaban contentos y bien pagados con el jornal que antes percibían y que sólo recibían, desahogando la prosperidad del establecimiento y lo que sea justo y razonable».

Esto honra sobremanera a los operarios, quienes según noticias no dejan de tener imitadores».

El *Figaro* dice que la presidencia del consejo de guerra encargado de juzgar al mariscal Bazaine se conferirá al simiente de la guerra, y que componerá el consejo las personas siguientes:

El general comde Schama, decano de los generales de división desde 1832, general en jefe del ejército de África en 1840.

El duque de Aumale, general de división desde 1843, y gobernador general de Argelia en 1847.

El general D'Aureilles de Paladine, general de división desde 1856, y ex general en jefe del ejército del Loira en la campaña franco prusiana.

El general Martimprey, general de división en 1856, ex gobernador general de Argelia y gobernador general de Argelia y gobernador del cuartel de los Invalides.

El general Mottierouge, general en jefe del ejército del Loira antes que el general D'Aureilles.

El general Vinoy, general de división desde 1853, ex general en jefe del ejército de París y gran cancler de la Legión de honor.

No se sabe aún a punto fijo dónde se constituirá el tribunal. Se ha hablado de Blois, Tours y Bourges, y posteriormente de Versalles, en el local de la Asamblea, aprovechando las vacaciones de la Cámara.

De Nancy anuncian que la evacuación de las tropas alemanas empezará efectivamente el 13 ó el 20 de este mes. Las tropas que ocupan los Vosgos se retirarán al mismo tiempo, que las de otros departamentos, de manera que para el 4 de Agosto próximo la operación será un hecho consumado.

El general Mantuffel, jefe del ejército de evacuación, continuará en Nancy hasta el 3 ó el 4 de dicho mes, que con las últimas tropas se trasladará a Verdun, punto de su residencia mientras permanezcan los alemanes en aquel país. La guarnición de Verdun se aumenta con 1,000 hombres; es decir que constará de 4,500 hombres, según el último convenio, celebrado entre los Gobiernos de Versalles y Berlín.

La evacuación del departamento de Meurthe é Moselle es ahora simultánea con la de los Vosgos. Todos los diarios parisenses celebran el acontecimiento, y en verdad que bien lo merece ver que los extranjeros van dejando libre el territorio de Francia.

## SECCION OFICIAL

(Gaceta de ayer).

Por decretos de la presidencia del poder ejecutivo, de 9 de Julio, se deja sin efecto el decreto de 27 de Junio último por el que se nombró gobernador civil de la provincia de Alicante D. Eusebio Freixa, y se nombra en su lugar al ex-senador D. José María Morillas.

Por el ministerio de Estado con fecha 9 de Julio se decreta lo siguiente:

Artículo 1.º. La plantilla de la secretaría del ministerio de Estado se compondrá de un secretario general, ministro plenipotenciario de primera clase, con 12,500 pesetas anuales; de tres encargados de negocios, con 10,000 pesetas; de cuatro secretarios de legación de primera clase, con 7,500 pesetas; de seis secretarios de segunda clase, con 5,000 pesetas; y de seis secretarios de tercera clase, con 3,000 pesetas.

Art. 2.º. El secretario general será jefe de la sección de política, cancillería y personal, la cual se compondrá de un encargado de negocios y los secretarios de legación que se designen. El encargado de negocios mas antiguo será jefe de la sección de comercio, contabilidad y asuntos generales, la que se compondrá también de un encargado de negocios y los correspondientes secretarios.

Art. 3.º. El archivo y biblioteca del ministerio de Estado estará a cargo de uno de los secretarios de primera clase; con el siguiente personal adicional: un oficial primero, con 5,000 pesetas; un oficial segundo, con 4,000 pesetas; un oficial tercero, con 3,500 pesetas; dos oficiales cuartos, con 3,000 pesetas; dos oficiales quintos, con 2,500 pesetas, y dos oficiales sextos, con 2,000 pesetas.

Art. 4.º. La interpretación de lenguas estará a cargo del jefe de la misma, bajo la inspección del jefe de la sección de asuntos generales, y sus individuos se dedicarán exclusivamente al desempeño de su instituto especial.

Art. 5.º. Los correos de gabinete y la portería del ministerio de Estado continuarán por ahora en la misma forma en que figuran en el presupuesto actual.

Art. 6.º. Queda suprimida la administración general de la Obra pía, creada por decreto de 9 de Marzo último, de la cual se encargará el ministerio de Estado.

Art. 7.º. Los asuntos que se hallaban sometidos a la administración, los desempeñará en lo sucesivo la sección de asuntos generales de este ministerio; y la ordenación de pagos por obligaciones del mismo se encargará de la tesorería y pagaduría de los fondos de la Obra pía.

Art. 8.º. De dichos fondos se aplicará anualmente al presupuesto del ministerio de Estado la cantidad de 40,000 pesetas, por la administración de la Obra pía, y la de 10,000 pesetas para los gastos extraordinarios del servicio de la misma. Estas sumas no podrán aumentarse por ningún concepto.

Por decreto de 5 de Julio, expedido por el ministerio de la Guerra, se nombra capitán general de las Provincias Vascongadas y Navarra al mariscal de campo D. Agustín de Búrjós y Llamas.

Por otro de igual fecha se nombra gobernador militar de la provincia y plaza de Tarragona al brigadier D. Juan Cirilo y Espi.

El ministro de la Guerra dirige al ejército la siguiente alocución:

Soldados: Cuando el Gobierno de la república federal confió a mi cuidado el importante departamento de la Guerra, pesé en mi ánimo las grandes dificultades



lades del mundo, el estado del país, la necesidad de defender y asegurar la república y la libertad, y los medios militares de que había de disponer para tamaña empresa.

No os ocultaré que vacilé en aceptar misión tan delicada y difícil; pero soldado y soldado español, medi mi corazón por el vuestro, me resolví y acepté. Al dirigirme a la verdad, sin diciéndola toda entera, tal como es; pues ni sería digno de mí el engaño, ni vosotros tendríais confianza en vuestro general y jefe, si no tuviese resolución bastante para decirlos los males que afligen a la patria en el presente, y el remedio necesario, indispensable para conjurarlos en lo porvenir.

Triste es, pero por desgracia cierto, que algunos de vosotros habéis faltado a vuestro deber. Si en todas circunstancias la falta de subordinación y de obediencia es un delito militar que debe ser severamente castigado, cuando la guerra civil arde en algunas de nuestras más hermosas provincias, cuando los ánimos están sobrecitados en la Nación entera, es doblemente criminal que el ciudadano a quien la república confía su seguridad y su guarda para salvarla de sus enemigos armados, pierda los sagrados lazos de disciplina, que, unidos a vuestro valor, han de ser vuestra segura victoria. Atendidos de esa naturaleza merced el rigor de las leyes militares, lo conoçois, lo sabéis, esa verdad está en vuestra conciencia, no podéis ocultarla ni al país ni a vosotros mismos, y al confesarla, el rubor así como el arrepentimiento se dibujaban en vuestros rostros y avergonzados semblantes.

En situación, bochornosa para los que han faltado a su deber, penosa en alto grado para los que, tan honrados como valientes, permanecen fieles a la causa de la patria, es preciso que terminen ya la disciplina de su conducta, os lo aseguro, y de esa manera se salvará la república federal, y libreis morir el polvo a sus constantes y encarnizados enemigos.

La España republicana, la España del siglo XIX, necesita hoy de sus hijos más queridos para que aseguren su libertad, desde hace muchos años combatida, y hoy, aún a costa de inmensos sacrificios, premia a los que están dispuestos a hacer el último esfuerzo para defenderla. Qué no haya uno solo de vosotros, en cualquiera situación en que se encuentre, que no haga el juramento sagrado para sí mismo de permanecer en su puesto, mientras un solo enemigo exista con las armas en la mano! El honor militar lo exige, la ley de la Nación lo ordena, la patria lo demanda.

Si en vuestros superiores habéis encontrado lenidad en algún caso, si han sido en alguna ocasión más tolerantes de lo que la disciplina consiente, de hoy más el deber militar y la subordinación en toda su fuerza contribuirán de una manera eficaz y saludable a que con estos salvadores principios se añada una página a las más brillantes de nuestra historia militar: a ellos toca la prudencia unida a la entereza, a vosotros la obediencia y el debido respeto, a unos y otros el honor y el cumplimiento exacto del deber respectivo.

Soldados, de vosotros espera la patria el afianzamiento de la república federal y de su libertad querida; defendedla con una conciencia feroz, e indigna aspiración tan santa? Comprometierais los destinos del país por sugerencias tan vez de los más interesados en que la república y por consiguiente la libertad pereciera? Ni la Nación, ni el Gobierno deben abrigar estos temores, ni yo puedo por un solo momento sospecharlo. El Gobierno os asegura que si cumplís como buenos, la guerra terminará en plazo breve, y por consiguiente vuestras penalidades y sacrificios alcanzarán pronto y felice término. Sed, pues, dignos de vuestros mancebos, y de ese modo la república federal, la libertad y el orden, que es su natural consecuencia, os deberán para siempre su perfecto desarrollo y su legítimo afianzamiento.

Viva la república federal! Viva la libertad!  
Madrid 8 de Julio de 1873.—Vuestro general ministro,  
Eulogio González.

Por decreto del ministerio de Hacienda del 1.º de Julio se nombra jefe de la sección de intervención general y teneduría de libros de dicho ministerio, con la categoría de jefe de administración de primera clase, a D. Manuel Francisco Álvarez Capa, que lo es de tercera de la dirección general de Contribuciones.

Por decreto de 3 de Julio del ministerio de Fomento, se nombra a D. Jorge Mendro y D. Amado Rodríguez, jurados de España en la Exposición universal de Viena en calidad de suplentes.

En el Consejo de anteañoche, que duró más de tres horas y terminó a las dos y media, quedó aceptada la dimisión del general Novillas, y acordado para su reemplazo el nombramiento de D. Fernando Fernández de Córdova, y del general Sánchez Bregua para jefe de estado mayor del ejército del Norte.

Los proyectos financieros del Sr. Carvajal merecieron la unánime aprobación de todos los ministros. Parece que estos consisten en una negociación de 3.000 millones, que debe ser cubierta con 1.000 millones de emisión de billetes hipotecarios, 700 de una contribución al país garantizada, y el resto del material de guerra y los valores de la negociación de las minas de Riotinto.

## DESPACHOS TELEGRÁFICOS

(Agencia Fabra.)

PARIS 9.—En la Bolsa se han cotizado:  
El 3 por 100 francés, a 55.40.  
El 5 por 100 id., a 91.75.  
El exterior español, a 20.12.  
Consolidados ingleses, a 92.78.  
Bolsín.—El exterior esp. del viejo, a 20.14.  
El interior id., a 15.15.

LISBOA 9.—El Gobierno portugués ha recibido aviso de que la fragata portuguesa venida en el vapor que ha entrado hoy en este puerto procedente de Burdeos, y ha mandado salir a las autoridades para esperar, pero no ha llegado.

Se la espera en el próximo paquete. El Rey la recibirá solemnemente.

BRUSELAS 10.—El duque de Edimburgo, hijo de la reina Victoria de Inglaterra, ha llegado a Ostende. Se cree que se dirige a Rusia.

NEW YORK 10.—Según telegramas de la Habana, el periódico *La Tribuna* ha suspendido su publicación.

LONDRES 10.—Los ingleses han pegado fuego a Elmina, factoría holandesa de la costa de Guayana.

En la Bolsa se han cotizado:  
Consolidados ingleses, a 92.34.  
El exterior español, a 20.18.

## CÓRTEES CONSTITUYENTES

Extracto de la sesión celebrada el día 10 de Julio de 1873.

PRESIDENCIA DEL SR. SALMERÓN.

Abierta la sesión a las tres y media con escaso número de diputados, se leyó el acta de la anterior y fué aprobada.

Continúa la interpelación del Sr. Romero Robledo.

Explica el Sr. Navarrete.

Explica su teoría sobre el derecho del trabajo, y con este motivo pronuncia algunas blasfemias.

Ataca rudamente al Sr. Castelar, y dice que no concibe cómo después del discurso de este continúan en el banco azul los Sres. Pi y Suñer y Capdevila.

Se desata en imprecaciones contra la mayoría.

Llama divino a Proudhon, sublime a Fourier, y santas las doctrinas del falansterio.

Concluye pidiendo la reedición del cuarto estado.

Habla también el Sr. Estévez para rectificar.

El Sr. CASTELAR: Voy a rectificar con la brevedad posible. Siento que está ausente de la Cámara el Sr. Esteban Collantes, pues tengo que decir que

el discurso de S. S. ha venido a darme la razón completamente, cuando yo aseguraba que cualquiera monarquía que aquí pudiera venir no significaría más que el egoísmo y los intereses de un partido.

S. S. decía que apoyaría a un ministerio de unión liberal; pero luego se contradijo, sosteniendo que solo pueden y deben ser ministros, no ya los correligionarios, sino los más íntimos amigos. Recordó S. S. que le faltaron los militares que habían prometido sostenerle, e hizo este recuerdo a propósito de mis indicaciones sobre la necesidad de llamar a los altos puestos a los generales sin distinción de opiniones políticas.

Es verdad que pueden faltar y han faltado a veces los generales a sus promesas; pero hay gran diferencia entre un Gobierno popular como lo es siempre el Gobierno republicano, y un Gobierno aborrecido. La opinión pública y los sentimientos del pueblo, que existen muchas veces las bayonetas, y yo sostengo que lo mismo en las Cámaras de San Juan que el año 40, el 51, y el 68, el ejército al sublevarse no hizo más que obedecer el impulso de la voluntad de la Nación. Que no se indignen los Gobiernos con el pueblo, que procedan con justicia y representen la democracia, y riñan tranquilos de las conspiraciones militares. Cinco años hace que tenemos un régimen democrático, y que generales ni que batallones han levantado bandera en favor de D. Carlos.

El Príncipe Alfonso! Lejos de eso, en todas partes el ejército ha sostenido los acuerdos de las Cortes. Yo deploro que cuando nos vamos acostumbrando al régimen republicano, a ser regidos por Asambleas y Gobiernos elegidos por las mismas, que cuando sus decisiones son sostenidas y respetadas por el ejército, haya solo en el seno del partido avanzado repugnancia hacia el Gobierno republicano, dudas y preocupaciones, cuando es necesario que todos nos convenzamos ya de que el deber orden, autoridad y gobierno, decimos, democracia, libertad y república federal, y que al hacer esto lo que nosotros proponemos es realizar en paz las doctrinas y los principios que hemos sostenido toda nuestra vida.

El argumento capital de los doctrinarios era que no es posible dar a este país libertad porque abusa de ella. Cinco años de práctica de todas las libertades han venido a demostrar que ese temor no era fundado. Pero contrayéndose a la república, no se negaba que fuese popular, sino la posibilidad de hacerse obedecer de todos, y especialmente de los republicanos. Pues por eso predicó yo obediencia al Gobierno republicano, para demostrar a los reaccionarios, nuestros enemigos, que la república tiene autoridad moral y fuerza material para hacerse obedecer de todo el mundo.

Y entro a considerar aquí algunas reflexiones del Sr. Romero Robledo. Cuando yo llamo al partido de la república, yo no lo llamo al poder, pues en una república donde los jurados, los alcaldes, los regidores regionales, los de los diversos Estados, el Gobierno central y la Cámara legislativa son producto del sufragio universal, ningún hombre puede llamar al poder a tal ó cual partido. A lo que yo llamo a todo el mundo es a que sostengan la legalidad, que no es para un partido, sino para todos los españoles, porque nuestras leyes de igualdad a todos pueden extender su vuelo, y aunque yo no lo llamara, a nadie es dado impedir que vaya de la luz de todos, que respire la atmósfera de todos y reciba el beneficio que vamos a escribir para todos. Así me extrañaba que S. S. dijera que aquí no era posible la monarquía. La monarquía! Sueño de sueños, sombra de sombras, utopía de utopías. Porque, señores, aquí, si no se ejerce la libertad prácticamente, si no se hacen las reformas por el procedimiento legal, si los partidos apelan a las armas en vez de forjarse con el derecho, podrá venir la dictadura de un general afortunado podrá venir una oligarquía, pero no espereis que venga la antigua Monarquía; que la historia no es tan monótona para repetirse de esa manera. No podemos excluir de la república a ningún partido, y los que se excluyan a sí mismos, esos se suicidan.

Yo voy aquí a contestar a una observación del Sr. Navarrete. Decía S. S. que yo había dicho que no formaría parte de un ministerio homogéneo. Necesito aclarar este punto, pues confieso que lo expliqué mal. Yo estaba hablando de la historia, y decía que la república vino por un contrato entre los reaccionarios y republicanos, ese contrato no se sostuvo, y no diré por culpa de quién; pero el 24 de Febrero yo creí que la república podía hacerse con el consentimiento de todos los partidos liberales, y por eso dije que me parecía un mal muy grave en aquellos momentos un ministerio homogéneo. Por lo demás, ya ve el señor Navarrete que yo sostengo y aporreo con mi palabra y mi voto al ministerio homogéneo que está sostenido en ese banco; pues cuando se tienen ciertos compromisos, se puede sostener una política, pero no se puede dirigirla. Y en efecto, yo no dirijo la política, ni soy ni aspiro a ser jefe de la mayoría, pues no hay más jefe de la mayoría que el Gabinete.

Aquello en que yo pudiera disentir de los individuos del Gabinete, no lo he dicho solamente aquí; lo he dicho muchas veces en consejo de ministros. Y si he podido en consejos de ministros, y en algunas ocasiones, como en la de reorganización del cuerpo de artillería, que lo podría decir aquí, estando confundido en los bancos de una inmensa mayoría? Yo no impongo mi opinión al Gobierno: le digo lo que haría si mi política fuese la imperante. Yo no tomo la iniciativa: apoyo, sí; no soy ministro ni el presidente del Consejo; soy humilde miembro de esta mayoría, y estoy resuelto a sostener a ese Gobierno: mis palabras solo comprometen a mí, no al Gobierno.

Sin embargo, qué diferencia entre el Sr. Navarrete y yo! El Sr. Navarrete cree que el Sr. Pi es la última esperanza del cuarto estado; yo, aunque soy amigo del Sr. Pi, creo que el cuarto estado, que su educación, que su advenimiento a la vida pública y su mejoramiento moral y material tienen grandes valores dentro y fuera de esta Cámara, y que tiene muchas esperanzas, además de las que pueda fundar en el Sr. Pi: creo esto con una gran convicción.

Pero si cree el Sr. Navarrete que el Sr. Pi es la última esperanza del cuarto estado, ¿por qué no tiene al Sr. Pi? Es decir: yo le apoyo, y el Sr. Navarrete le combate; yo le sostengo, y el Sr. Navarrete le critica; yo le ministerio, y el Sr. Navarrete le pone obstáculos; luego yo soy, sin decirlo tanto, más amigo del cuarto estado que el Sr. Navarrete.

Tengo que decirlo: a pesar de la benevolencia contradicción que me ha opuesto el Sr. Estévez, sostengo que toda la reacción europea está mantenida desgraciadamente por el cuarto estado. Pues qué, si el cuarto estado no la sostuviera sobre sus espaldas, ¿habría en el mundo tanto tirano? Si no la sostuviera sobre sus espaldas, ¿hubiéramos visto en el siglo XIX, después de tanto progreso en la civilización y cultura humana, dos pueblos ilustres, que el uno se cree la cabeza y el otro el corazón de la humanidad, yendo a los campos de batalla dirigidos por sus jefes soberanos, que deseaban, teniendo su púrpura en sangre, adquirir gloria para sus hijos, y allí combatir, perecer, dejar viudas a sus mujeres y huérfanos a sus hijos, solo para satisfacer a los Césares que se batían en la sangre del cuarto estado? (Applausos.)

Es necesario al cuarto estado sostenerle, emanciparle, darle el sufragio universal, darle la república y la federación; todas las condiciones, en fin, de derecho para que mejore su suerte; pero es necesario no fiarse de ese único defensor en las crisis supremas de la historia.

Yo, que he envejecido estudiando la historia, y tengo, por consiguiente, aunque no otra cosa, la experiencia de las Naciones, no por mi talento, sino por mi trabajo; recuerdo de un caso gravísimo. Unos se le trataba en la última Asamblea de la república francesa de quien había de tener el mando del ejército; si el presidente, o si la Asamblea. La Asamblea había propuesto que fueran los que allí se llaman los señores los encargados de dirigir el ejército; y la extrema izquierda, la montaña roja, en contraposición a la montaña blanca, y yo no sé de dónde hemos sacado estos colores, ni por qué el pueblo ha de amar al color rojo y ha de gustar de las gorras rojas, que es el color del manto de los Reyes, y quizá se llame así la montaña roja, porque en su generosa impaciencia nos envuelven en el sudario rojo de una restauración (Risas); pero, en fin, la montaña roja decía: «Nosotros vamos a conceder la dirección de las tropas a la Asamblea? No: esta Asamblea ha votado la limitación del sufragio universal; no inspira confianza a la república que tenga las tropas al príncipe presidente.» Y en efecto, «el príncipe presidente, se quedó con el mando de las tropas, merced a la complicitad de la montaña roja, y se levantaban algunos republicanos sinceros que se

sentaban en el centro y les decían: «¿Cómo le entregáis al príncipe la dirección del ejército?—Por no darsela a la mayoría» contestaban los de la montaña roja.—Y si al día siguiente se levanta contra vosotros, ¿qué haréis? Y Michel de Bourges, cuya elocuencia no se ha vuelto a desplegar en la tribuna francesa, herido en el corazón por grandes desengaños de sus amigos, dijo: «Si el presidente trae el ejército contra nosotros, tenemos el cuarto estado, el pueblo.» A los pocos días el príncipe presidente tuvo el ejército y prendió a Michel de Bourges a varios diputados: los diputados franceses tenían 20 francos de dietas, y cuando pasaban entre dos filas de granaderos para conducirlos a Mazas, invocando la libertad y la democracia y la Constitución del 4, le decían al pueblo: «¡Síguenos, que somos tus legisladores!» y el pueblo les respondía: «¿Qué tengo yo que ver con vuestros 20 francos de dietas? (Risas).»

Yo creo al pueblo decidido por esta forma de gobierno, pero creo que si no nos organizamos fuerzas, si no hacemos entender al pueblo que la autoridad, en España, necesita siempre de alguna cohesión, si no le persuadimos de esto, estamos perdidos; completamente perdidos; porque nada más fácil que entusiasmar, pero nada más fácil también que distraer de la conciencia a las muchedumbres. Si no dijera esto, faltaría a la verdad y a lo que debo a mi patria. Emancipemos al pueblo, llamémosle a la vida pública, y que ejerza plenamente todos sus derechos, pero no olvidemos que muchas veces el pueblo mismo ha perdido, como sucedió en 1814, y 1823, aquí, y fuera de aquí, la causa de la libertad.

Debo decir al Sr. Navarrete que no tengo pacto con el partido radical.

Después del 11 y 21 de Febrero y 23 de Abril, después de las protestas de los radicales, el antiguo partido radical ha desaparecido de este grande océano. Lo que yo deseo y sostengo siempre, es que la república española no se divierta jamás del partido radical, que necesita como para tener la república más solidez y estabilidad. Como yo creo que no se llame aquí al poder a ningún partido, pero que el poder solo dispone el pueblo, yo os digo: legisladores de la Nación española, levantaos sobre todas las preocupaciones y egoísmo, y poned la vista en el cielo, turbado por tantas tempestades, y en el porvenir; fundad una igualdad dentro de la que quepan todos los españoles, y estad seguros de que si habéis desechado el espíritu egoísta de una fracción, habéis engrandecido en la conciencia de la humanidad y recibiréis la bendición de vuestra noble patria.

El Sr. ABAZUZA: Si renuncian a rectificar los señores de la izquierda, yo renuncio también.

El Sr. NAVARRETE: Por mi parte renuncio a rectificar.

El señor presidente del PODER EJECUTIVO: No espereis un largo discurso; no me propongo hacer un resumen del debate, porque esta tarea ha sido plenamente cumplida por el Sr. Estévez. Solo desearé al pasado y al presente Gobierno de los ataques que aquí se le han dirigido. Como soy amigo de que todas mis oraciones versen sobre un solo tema, escojo el tema del orden público, porque en esta cuestión están interesados todos.

Es fácil decir, hagase, restablezca, perpetúese el orden; pero es muy difícil, sin embargo, hacerlo en determinadas circunstancias. Conservar el orden y restablecerle, es tarea muy fácil cuando hay un Gobierno fuerte que dispone de numerosos ejércitos; es tarea fácil cuando la administración constituye un sistema, cuando la máquina administrativa obedece a un solo principio y a un solo pensamiento; es tarea fácil cuando no están agitados los ánimos, cuando la forma de Gobierno que quiere el país ha hecho su asiento. Pero ¿es esta la situación que encontramos a la república a su advenimiento el día 11 de Febrero? Tenía una guerra civil en el Oriente y en el Norte de España; tenía que hacer frente a las insurrecciones de los reinos de Aragón y de Cataluña. No teníamos alrededor nada nuestro; hostiles los Ayuntamientos y las Diputaciones, y los voluntarios de la república en su mayor parte monárquicos; debíamos apoyarnos en el ejército, y este se encontraba disciplinado y obediente a los órdenes del Gobierno.

La indisciplina del ejército era debida al advenimiento de la revolución. Vosotros sabéis que más bien obedecía a causas que a deseos de arrebatarse a viva fuerza una quinta después de una promesa violada, y esa quinta fue a hacer un ejército de desorden; por otra parte, se acaba de dictar una nueva ley de reemplazos, en virtud de la que se habían declarado abolidas las quintas, y el soldado deducía como consecuencia de esto que no era justo que, por la fuerza, siguiese bajo su bandera. Jefes y oficiales del ejército que habían recibido mal el advenimiento de la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

Decía el Sr. García Ruiz que es fácil contener la indisciplina cuando se apela a medidas violentas. Se comprende que puede restablecerse la disciplina de un batallón que haya dado muerte o faltado al respeto a alguno de sus jefes; pero entonces se trataba de las quintas, de las quintas, y de que guardándose la república, trabajaban contra ella, y los soldados se pusieron al servicio de las corporaciones populares. Estas fueron una de las causas de la indisciplina; cómo íbamos a lograr el restablecimiento de la disciplina sin tener fuerzas a nuestra disposición?

república. Conste, pues, que si la conciliación se rompió, fue contra nuestros deseos.

El Gobierno de la república creyó necesario disolver la Asamblea, y se presentó aquí con un proyecto de ley, modificado después por una enmienda del señor Primo de Rivera. Nació de aquella Asamblea la comisión permanente, y esa comisión, no debo ocultarlo, se inspiró en las pasiones de aquella Cámara, y fue tan hostil al Gobierno como la Asamblea misma. ¿Qué creéis que hacía la comisión con los individuos del poder ejecutivo? Los sujetaba a una especie de interrogatorio, preguntándoles detalles insignificantes, y satisfaciendo con mortificante al ministro de la Gobernación y al Gobierno, haciéndoles preguntas que no se hacen al último de los agentes de un Gobierno. Tomando pie de la seguridad con que yo les contestaba, formulaban una proposición en la que se decía que era preciso convocar a sesión extraordinaria, a la cual debía asistir el poder ejecutivo, para examinar su conducta. El poder ejecutivo no accedió a aquella exigencia. ¿Y sabéis lo que se sostenía al discutir aquella proposición? Pues se sostenía que la comisión era superior al poder ejecutivo; que el poder ejecutivo debía dar cuenta a la comisión de su pensamiento, y hacer lo que los ministros hacían con los Reyes. El poder ejecutivo dijo que no creía necesaria aquella sesión extraordinaria, y que asistiera a la sesión ordinaria. La proposición, sin embargo, fué aprobada, y el poder ejecutivo fué citado para dos días después de aquella sesión.

Ya os digo ayer el Sr. Sorri lo que sucedió el día 23 de Abril.

Lo mismo que la noche del 23 de Febrero, la del 23 de Abril recibí yo avisos sobre maquinaciones que se estaban urdiendo contra nosotros; pero ya entonces tenía un gobernador que contaba con bastante fuerza, y a las doce de la noche se ocuparon las avenidas de Madrid por la guardia de orden público; de modo que al siguiente día los monárquicos no tuvieron más remedio que ir a la plaza de toros. Es cierto que aquel día no se dió una batalla material; pero ¿puede dudar alguien que hubo batalla y hubo victoria? Se convocó a las voluntarias monárquicas para el día 24 de Mayo, y yo pregunté: ¿por qué alguien que al frente de esos voluntarios se pusieron algunos generales que no eran republicanos? ¿por qué alguien que alguna participación debían tener en aquel acto los individuos de la comisión permanente, cuando se ocupó la casa de Medinaceli sin consentimiento del Gobierno, lo mismo que el Banco y el palacio de las Cortes, a donde vinieron hombres no de muy buena traza? Y como se explicaba el envío de voluntarios a la plaza de toros, si solo se acordó a pasar una revista? Cuando el Gobierno tuvo noticia de los gritos subversivos que se daban en la plaza de toros, dió orden general de ataque, y bastó que corrieran los cañones por las calles de Madrid, para que aquellos voluntarios comprendieran que no estaban las tropas de su lado, y vinieran a implorar la clemencia del Gobierno republicano.

Después del día 23 sufrieron otras dificultades. Había muchos que creían que la legalidad había desaparecido, y que habíamos entrado en un período de anarquía; pero el Gobierno no lo entendió así, porque se hizo esta consideración: la comisión y el Gobierno son dos poderes que tienen la misma legitimidad y el mismo origen, y su ley común es aquella en que se declara, disueta la Asamblea. El Gobierno quería cumplir esta ley, y al decretar la disolución de la comisión se fundó precisamente en que trataba de aplazar las elecciones.

Fácilmente se comprenderá que no entendiendo el partido de la república que nosotros habíamos de tropezar con grandes obstáculos. Así sucedió; pero al fin pudimos lograr que las Cortes se reunieran, y algo debe agradecerse, porque son pocos los Gobiernos que en períodos tan llenos de peligros han llegado a conseguir su objeto sin grandes trastornos.

Quiere decir esto que yo no reconozco la necesidad de que el orden se restablezca? De ninguna manera. El Gobierno de la república está resuelto a emplear todos los medios que estén a su alcance para que el orden se restablezca y todo el mundo se someta al imperio de la ley.

Pero para esto no bastan los medios materiales, es preciso que se empleen medios morales. Hay que satisfacer la sed de reformas que el país tiene, y hay que llevarlas a cabo con la urgencia posible. (Applausos.) Todos mis compañeros están trabajando en pro de los deley, que harán dentro de breves días presentados aquí. Yo no he de bajar las reformas, así como nosotros proponíamos; lo que importa es que aceleréis la obra de nuestra Constitución. Si la retardáis, si tuviérais la idea de suspender las sesiones de estas Cortes, no respondería de la suerte de la república. Yo tengo la seguridad de que la agitación de las provincias no desaparecerá sino dándose la Constitución, y después haciendo que, constituidas en Estados, empiecen su organización política y administrativa. (Quiere decir esto que yo reconozco las sesiones fundadas en el calor o en que nuestros intereses nos llaman a las provincias? ¿Qué son los intereses personales, cuando se trata de los de la patria? (Applausos.) Pero hay un peligro para hacer la Constitución, y es la retirada de la minoría. Si la minoría tiene patriotismo, si desea que la agitación de las provincias cese y que este ministerio lleve adelante todas las reformas que ha proyectado, es preciso que venga aquí a apoyar al Gobierno.

El Sr. Estévez sostenía que la forma federal era impracticable, que el Sr. García Ruiz que era una forma indefinida e indefinible, y añadía: «La república que queremos es la mía, porque vosotros no queréis más que una república unitaria y descentralizada como yo propongo.» Pues entonces, ¿por qué decía que era indefinida e indefinible?

Yo sostengo que por la razón y por la tradición este pueblo está destinado a ser una república federal. Uno de los grandes problemas de este siglo es el de la autonomía del ser humano. Se reconoció la del Estado, después de los individuos, se ha acabado por consagrar que no hay razón para no reconocer la del municipio y la de la provincia. Y precisamente la república federal es la que ha de venir a resolver el problema, porque da al ser humano un lazo de relación entre el y la sociedad de que forma parte. ¿Qué nos dice la tradición? En los primitivos tiempos no era la Nación española un agregado de diversos pueblos? Nosotros no hemos presentado unidad sino bajo la espada de los conquistadores, y desde el momento en que el pueblo ha entrado en la república, ha conquistado, ha conquistado, ha conquistado los diversos pueblos que lo constituirán.

Podemos, pues, dudar de que sea este un país llamado a forma una república federal? No son acaudalados pueblos Cataluña, Aragón y Andalucía? No hay en el Norte provincias que conservan un sistema administrativo y económico, distinto del que rige en el resto de España? De manera que, ora atencamos a la razón, ora a la tradición, la forma federal es la única que puede aplicarse a España.

Cuando fuimos invadidos por el ejército francés, ¿por qué alcanzamos la victoria victoriosa? Porque conservando las provincias su particular manera de ser y de vivir, y recordando su antigua historia, atendieron a su propia salvación, prescindiendo de si el Gobierno podía o no podía darles la fuerza que necesitaban. Si hubiéramos tenido unidad, hubiéramos quedado perdidos después de la toma de Madrid por Napoleón I.

No es exacto, como decía el Sr. García Ruiz, que la forma federal se oponga al orden; porque el orden es más posible cuando las provincias, están gobernadas según su manera de ser y de pensar. Unidas por el lazo de la federación, verdades a las provincias por espíritu de emulación crecer y extenderse sin temor a las guerras, que serán completamente imposibles. Yo aseguro que mantendremos el orden si aceleramos la obra de nuestra constitución política, y si el pueblo se persuade de que son necesarios grandes sacrificios. Hemos pasado, señores, por una guerra civil más fuerte que la actual, y las Cortes no se espantaron por eso, y las voluntarias se prestaban a todos los servicios, incluso el de salir de sus pueblos. Es necesario que hagamos ver al pueblo la necesidad que tiene de contribuir con su dinero y con su sangre a terminar una guerra que nos deshonra. Si nos prestáis apoyo, cumpliremos con nuestro deber; pero si nos abandonáis, barrid de este banco al Gobierno, porque es imposible.

El Sr. ROMERO ROBLEDOS: Por muy difícil que sea mi posición en esta Cámara, no he de dejar de decir los puntos que me preocupan. El Sr. Estévez, presidente del poder ejecutivo, preocupado por la situación de ánimo que he producido las rivalidades entre el poder ejecutivo y la Asamblea y la batalla del 23 de Abril, ha dejado caer una acusa-

ción sobre algunos hombres públicos; y constándole a mí la rectitud de sus propósitos, tengo que protestar contra esa acusación. No es cierto, a mí juicio, que pueda considerarse como conspiradores a los generales españoles que pudieron intervenir en los sucesos del 23 de Abril, porque ninguno en ese día levantó bandera de rebelión. (Murmuros.) Es inútil que me interrumpáis. Los tribunales de justicia han absuelto al Sr. Topete, que estuvo en la plaza de Toros.

El Sr. ABAZUZA: Después de los ataques dirigidos por la izquierda a este sitio y a mí persona, tengo necesidad de aclarar mi situación. ¿Cuál es el hecho culminante en esta Cámara? La retirada de la minoría republicana. ¿Y quién ha provocado esa retirada? ¿Ha sido los que quieren que piensen como yo? No; ha sido el Gabinete anterior, y principalmente las autorizaciones que se dieron al Sr. Pi cuando era ministro el Sr. Estévez. (El Sr. Sorri: No se dieron entonces las autorizaciones.) Al menos, en el Gabinete de que formaba parte el Sr. Estévez, no se acordó pedir la suspensión de garantías. De modo que la izquierda se retiró por los pecados de la izquierda, por un acto del Gabinete en que figuraban los Sres. Estévez, Benot, Muro y otros individuos que procedían de la izquierda.

Yo no voté aquellas autorizaciones, ni las voté por un hombre como el Sr. Pi y Margall, que no ha hecho uso de las facultades ordinarias que la ley concede a todo Gobierno. Cuando no se ha hecho uso de las facultades ordinarias, ¿para qué se quieren las extraordinarias? (Interrupciones en las tribunas.)

El Sr. PRESIDENTE: Los señores harán desear las tribunas, sean quienes quieran los que aplaudan o censuren.



